

Mensajero del **Archivo Histórico**

de la

uia laguna

Dirección de Investigación y Difusión Editorial
Torreón, México. 15-IX-2001. Buzones electrónicos:
 archivo.historico@lag.uia.mx y sergio.corona@lag.uia.mx
 Página web uia laguna: <http://www.lag.uia.mx>

ÍNDICE

número 34

	página
Noticias del Archivo Histórico	1
Documentos del Archivo Histórico. Vivencias de doña Manuela Valdéz Gómez	2
Libros del Archivo Histórico UIA – Laguna	8
El Mostrador. Libro sobre el libro	9
Bibliografía del Fondo Reservado	11

Coordinador del Archivo Histórico y editor de la revista virtual: **Dr. Sergio Antonio Corona Páez**
 Alemania Argentina Brasil Canadá Colombia Chile España El Salvador Estados Unidos de
 Norteamérica Francia Guatemala México Noruega Reino Unido Uruguay Venezuela

Ediciones anteriores en: <http://archivo-w3.lag.uia.mx/Archivo/default.html>

Noticias del Archivo Histórico

Quinta Feria del Libro

Las actividades y eventos correspondientes a la V Feria del Libro Torreón 2001 se llevarán a cabo este año del 29 de septiembre al 6 de octubre en las instalaciones de la Universidad Iberoamericana Laguna. Esta edición de la Feria, pone el énfasis temático en el cine. En este marco cultural, el Archivo Histórico participará con dos actividades: la muestra bibliográfica *500 AÑOS DE LIBROS* que tiene la finalidad de exhibir obras originales que testimonian

la evolución del pensamiento y del quehacer editorial en occidente durante medio milenio. Dichos materiales pertenecen al fondo reservado del Archivo Histórico y será la primera ocasión en que puedan ser apreciados por el público de la Comarca Lagunera. La exposición se inaugura el sábado 29 de septiembre a las 13.00 horas en las instalaciones del Archivo Histórico, y permanecerá abierta hasta el 12 de octubre. Otra participación del Archivo Histórico en la V Feria del Libro programada para el miércoles 3 de octubre a las 12.00 horas en el nuevo auditorio Ignacio de Loyola consistirá en la presentación del cuarto título de la Colección Lobo Rampante, y que lleva por nombre *Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII*. La paleografía de los documentos originales corresponde al conocido historiador Manuel Sakanassi Ramírez, y la introducción y notas al Mtro. Sergio A. Corona Páez, coordinador del Archivo Histórico.

Documentos del Archivo Histórico

VIVENCIAS DE DOÑA MANUELA VALDEZ GOMEZ

El documento que hoy presentamos es un claro ejemplo de testimonio personal que, al ser redactado, se transforma en documento histórico, en cuanto que puede dar cuenta de fenómenos y conductas individuales y sociales de un pasado cada vez menos próximo. En el caso presente, se trata de la narración de la enfermedad y curación de uno de los miembros de una familia como cualquier otra de la Comarca Lagunera. El tifo era una enfermedad muy peligrosa y usualmente mortal en la época de los

acontecimientos relatados. La narración construye un escenario en torno a un personaje taumatúrgico: doña Manuelita Valdez. Este es un documento desarrollado con un lenguaje netamente coloquial, con entradas de valor antropológico. El escrito corresponde a uno de los documentos del expediente donado al Archivo Histórico de la UIA Laguna por la señora. María del Carmen Gómez de Cedillo.

TEXTO DEL DOCUMENTO

“En 1880, un jueves de Corpus, nació una niña, hija de Don Perfecto Valdez y Doña Concepción Gómez. Ellos eran miembros de una tribu de indígenas Tepehuanos en el Estado de Durango. Esta niña a la que se le dió el nombre de María Manuela, fúé bonita desde su nacimiento, bajita de estatura y esbelta hasta su muerte, 75 años despues. Ella se casó con el hijo de unos inmigrantes españoles asentados en Baja California; este joven de nombre Antonio Chávez, se encontraba de vísita con su tío, el entonces Arzobispo de Durango, Exmo. Sr. Zubiría. Se conocieron el 12 de Diciembre de 1900 y pronto se casaron ante la desaprobación de ambas familias. De esta unión, nacieron tres hijos: Fidel, María de los Angeles y Godofredo.

Fidel, en el año de 1923, se unió en matrimonio con María de Jesús Violante, siendo ellos mis padres. Mis abuelas, fueron grandes amigas y seguido María Manuela pasaba temporadas en casa de su consuegra Antonia, que habiendo quedado viuda, tenía una casa de huéspedes en la calle Centenario, entre Morelos y Victoria, en Gómez Palacio, con lo cual obtenía los ingresos necesarios para la manutención de 5 hijos. Un buen día a las puertas de esta casa, llegó un hombre de mal aspecto y pésimo semblante, era el hijo que mi abuela Antonia había perdido cuando era niño, el cual debido a la fiebre que le aquejaba no sabía si era o no, la casa de su Mamá. En aquel

tiempo las puertas de las casas permanecían abiertas todo el día y yo, que me encontraba por ahí jugando, acudí a la puerta y me preguntó si era la casa de la señora Toña Hernández a lo que respondí que sí y la fuí a llamar. Ella — que lo reconoció de inmediato— exclamó: “Hijo de mi Vida, ¿Qué te pasar?” al tiempo que mi tío caía al suelo. Al oír el grito de mi Abuela, salieron otras personas que le ayudaron a llevarlo hacía adentro. Luego llamó al Doctor Pinto Diaz, que vivía a media calle por la Victoria. Pronto fue el Doctor y entrando a la recámara pregunta (que) que le pasaba al enfermo y mi abuela Manuela respondió: “Doctor, creo que es Tifo”; el buen profesionista se dió la vuelta y dijo: “No lo puedo atender Toñita”. Llamaron a otro médico y la respuesta fué la misma; entonces Manuelita externó su deseo de hacerse cargo del enfermo.

Inmediatamente se dieron providencias a calentar agua para bañar al enfermo y llevarlo a una habitación del segundo piso que, además de estar sola, estaba un tanto aislada del resto de la casa (a la hora de la cena, mi Abuela avisó a sus huéspedes lo que pasaba y que podían irse y se les regresaría lo que habían pagado. Nadie se fue). A esta habitación se subieron dos camas, trastos, un bracero que se puso en la terraza de atrás, ropa de cama y muchos vendajes de tira de manta cruda. En una canasta que bajaba por un hilo grueso, mandaba recado (Manuelita) de lo que necesitaba y ahí mismo se le enviaba. Cada cinco o seis días se subía hasta el último escalón un bulto de carbón que ella arrastraba hasta la terraza, ahí calentaba agua para el baño diario de mi tío, la calentura se la bajaba con una mezcla que hacía de medio kilo de masa para tortillas de maíz, media taza de vinagre hecho en casa, lo que se coge con tres dedos de polvo de cal y un poco de aceite de olivo o bien manteca de cerdo, despues sobre unas vendas hacía tres partes: una para la frente, otra en la parte de los riñones y otra en el estómago, amén de baños y fomentos de agua templada en (la) frente y estómago. Le daba a

beber mucha agua en té de manzanilla, estafiate y cola de caballo, alternando uno cada día. A los pocos días pidió un bistec grande de hígado, aceite de picanarios, aceite de tripas de judas y de alucema, untó el trozo de carne con el primer aceite y se lo puso en el vientre, otro día al quitárselo estaba totalmente verde y putrefacto y al retirárselo hacia hebras como el queso; la calentura desapareció por unas horas. Por la tarde mandó mi abuela recado de que se le mandara medio kilo de carne molida, yerbabuena y tomillo, esto lo mezcló con la carne y el aceite de tripas de judas. El recado también decía: “Pidale a Dios, Toña, que pasemos esta noche y nos habremos salvado”. Luego se le mandó lo necesario, ropa limpia y vendas nuevas. Esa noche fué de tensión y súplicas a Dios para que se salvara mi tío. Nosotros los chicos nos dormimos y otro día el comentario entre los huéspedes era el fuerte olor a carne descompuesta que se dejó sentir ya para amanecer. Era la carne que Manuelita le había aplicado a mi tío. Como a las seis de la mañana, se asomó mi Abuela y dijo muy contenta. “Demos gracias a Dios, ya todo pasó”. Ese día ella dijo que se consiguiera un carretoncito para mandar quemar todo lo utilizado, colchón, sábanas, ropa de ambos, trastos, etc. Todo lo bajaron con muchas precauciones y ella personalmente fue a ver que se quemara en las afueras de la ciudad. Dejó orden de que nadie entrara al cuarto hasta que no se encalara, ya luego se pintaría. Antes de irse bajó con mi tío, bañado y medio rasurado, pues ella cortaba su barba con unas tijeras.

Además de sus conocimientos de Medicina Natural, mi Abuela era una gran componedora de huesos y nervios torcidos, curaba muchos niños de “empacho”, les untaba aceite en “la pancita” y les daba un masaje empezando por el lado derecho debajo de las costillas y suavemente iba “sobando” todo el vientre, luego los volteaba boca abajo y les jalaba la pielecita por ambos lados de la columna vertebral, les “sobaba” las corvas y les daba un té de hojas secas o de flor de rosa de Castilla. En las caries, cuando había dolor,

limpiaba en lo posible con un palillo dental y ponía sobre la parte afectada un clavo de olor, el dolor se quita, pero hay que ir al dentista. Las úlceras varicosas las curaba, lavándolas con agua de cola de caballo, de árnica y manzanilla, con mucha limpieza y alimentación a base de fruta, verdura y granos, mucha agua en infusión de hoja de olivo

Recuerdo que acostumbraba a tomar 2 o 3 cápsulas de carne de víbora, ella misma las preparaba. Otra curación que hoy me asombra, fué la que le hizo a mi hermano Fidel cuando tenía como un año de edad: tenía sarampión. Le empezaron a salir una que otra manchitas rojas y desaparecieron, después le subió mucho la temperatura y el niño dejó de orinar. Mí Abuela llegó ese día de un rancho al que había ido a saludar a unas amistades; a mi hermano ya lo había visto el Doctor pero no mejoraba. Ella llegando lavó una cebolla y la asó, luego la desgajó y le puso un poco de aceite de olivo, aplicó un pedazo en la región de la vejiga y otro debajo de los testículos, al cabo de cinco minutos aproximadamente soltó un gran chorro de orina y se calmó. Aunque seguía con la fiebre, se durmió. Preparó manteca de cerdo lavándola muy bien con agua y limón, le puso una pizca de bicarbonato, la mezclé muy bien y untó al niño en todo su cuerpecito, lo arropó un poco y lo dejó que siguiera durmiendo. Cuando despertó, estaba lleno de manchas rojas pero su ánimo era otro, a los pocos días estaba bien.

Cuando alguna persona tenía lo que entonces se conocía como nube en los ojos, mi Abuela utilizaba el jugo de dos nopalitos de Siempreviva muy bien lavados: ponía las penquitas en un trozo de manta nueva previamente hervida y a través de ella goteaba en el ojo una o dos gotitas, dos veces al día. Ella frecuentemente lavaba sus ojos con agua de manzanilla serenada y dos veces por semana ponía en ellos una gota de limón.

Si había diarrea el remedio era agua de arroz bien hervida junto con unas hojas de guayaba o bien unas rodajas del mismo fruto, ya fueran frescas o

secas, endulzadas con miel de abeja. Es una bebida muy sabrosa, se toma como agua de uso. Cuando se acumulaban muchos gases en el estómago, se hacía una infusión de cinco yerbas: manzanilla, yerbabuena, una hoja de laurel, un pedazo de cáscara de naranja fresca o seca: se hierve todo y al apagar se agrega un pequeño pedacito de nuez moscada. Se deja reposar y se ingiere endulzando también la bebida con miel virgen.

Para los riñones: agua de las siete yerbas-. cuachalalate, hojas de chayote, pingüica, cenizo, pelos de elote y flor de árnica. Todo se parte en pedacitos, y en dos litros de agua se pone un puñito de cada cosa, la pingüica se abre y se cogen unas 6 o 7 bolitas; del cuachalalate, un trocito del palo. Cuando empieza a hervir el agua, se colocan las hierbas y se deja hervir un poquito, se tapa y se deja reposar para colarse y tomarse como agua todo el día. Deben terminarse los dos litros y hacerse lo mismo por siete días. Los palitos de cuachalalate no se tiran, se rayan en un rayador de queso, el polvito se pone en un salero, se aplica sobre cualquier herida o quemadura, es un gran antiinflamatorio, cicatrizante y desinfectante. los fomentos de cuachalalate, desinflan las articulaciones y calman el dolor; además tomado como agua de uso es de gran ayuda para curar gastritis y úlceras estomacales.

Respecto a la Sávila, hoy tan de moda, mi Abuela la usaba en infinidad de remedios, sus virtudes son muy conocidas hoy en día.

Hay mas, mucho más, que contar de mi Abuela, que además era una excelente cocinera, solo que muchas de sus recetas escapan a mis recuerdos. Esta remembranza es un homenaje que hago a su memoria”.

BIBLIOGRAFÍA DEL FONDO RESERVADO

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

**Una disputa vitivinícola en Parras (1679)*. Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**Censo y estadística de Parras (1825)*. Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII*
Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila.
Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

** Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII*. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez.
Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez.
Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

EL MOSTRADOR



LIBRO SOBRE EL LIBRO

por

JAIME MUÑOZ VARGAS

Hoy está sobre el tapete de las discusiones la muerte del libro en el formato que le conocemos desde que al promediar el siglo XV lo inventara el magunciano Gutenberg. Tal vez tengan razón quienes creen que el objeto libro -un puñado de hojas adheridas a un forro por el lomo- no sobrevivirá ante el progreso de la electrónica y, sobre todo, ante la devastación de los árboles, así que más vale que nos vayamos preparando para ver la socialización del libro virtual, ese que leeremos en un futuro ya no tan remoto y que consistirá básicamente en una tableta capaz de leer la información —el *Quijote* entero, por ejemplo— contenida en un cartucho del tamaño de un chicle.

El advenimiento de las nuevas tecnologías, sin embargo, no impide valorar todavía con emoción y reverencia al libro por antonomasia, el de papel. Aún vivimos en la Galaxia de Gutenberg, y aunque salgamos pronto de ella, así sea con nostalgia debemos reconocer que la belleza del libro, su textura, la calidez de la tinta sobre el papel, su grata compañía, el luminoso silencio de sus palabras, sus tapas, todo en él nos otorga la sensación de que estamos ante la más alta creación humana y es por eso, precisamente, por lo que su desaparición nos provoca inquietud.

Un estupendo libro sobre el libro es, de Juan B. Iguíniz, *El libro*, ejemplar de la legendaria colección "Sepan cuantos..." editada por Porrúa, una serie que ha hecho posible el acceso mexicano a todos, o casi todos, los clásicos del planeta. En su "epítome", el autor deambula por la historia del libro y lo hace con fervor de cariñoso bibliófilo. La descripción se remonta hasta los fenicios y paso a paso, si detenerse demasiado en cada etapa, muestra panorámicamente aquellos momentos que sirvieron de bisagra en la evolución de libro, ora el desarrollo de la escritura, ora el uso del papiro, ora la invención del papel, ora el tremendo aporte de los tipos móviles, ora la llegada del linotipo y de la rotativa.

Mucha y muy variada información contiene *El libro*, tanta que difícilmente puede encontrarse, en México, un volumen sobre el tema a un precio tan accesible y con un propósito así de divulgativo. Cualquiera que sienta aprecio por el libro encontrará en la información que proporciona Iguíniz un mar de datos cuya claridad nos ayudará a entender la formidable aventura recorrida por este objeto maravilloso que, como ningún otro, es materia y es espíritu, condensación al fin de lo que somos.

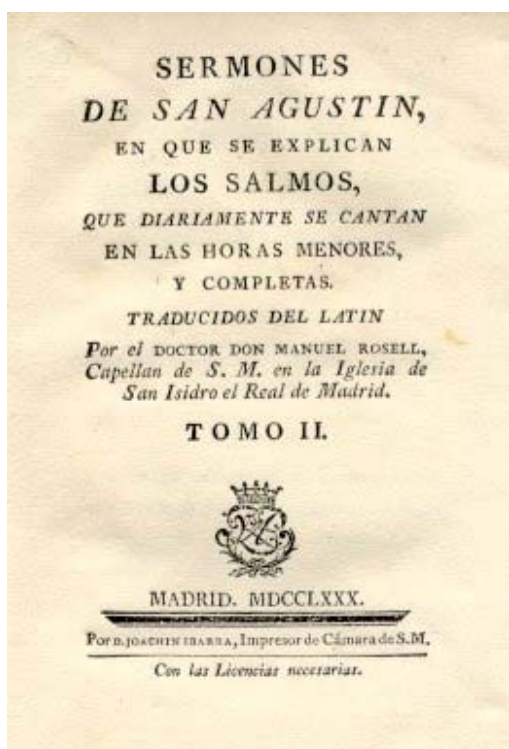
El caudal de fechas, lugares, nombres y apellidos se complementa en *El libro* con una copiosa e imprescindible cantidad de imágenes. Portadas, tipografías, maquinarias, viñetas decorativas, grabados y demás iconos sirven

para ilustrar al lector sobre aquello que descrito con la sola palabra no podría ser cabalmente entendido.

Ahora, pues, que ya se comienza a considerar como viable el cierre del gran paréntesis que abrió Gutenberg en mil cuatrocientos y tantos, no está de más dedicar un placentero elogio al libro con un texto que trata sobre su inmenso valor en la historia de la humanidad. *El libro. Epítome de bibliología* de Juan B. Iguíniz —publicado por primera vez en 1946 y ahora reeditado en México— nos abre la gozosa oportunidad de elogiar al libro con el acto que le da sentido: la lectura.

El libro. Epítome de bibliología, Juan B. Iguíniz, Porrúa ("Sepan cuantos..." 682), México, 1998, 259 pp.

FONDO RESERVADO



Doctor don Manuel Rosell: *SERMONES DE SAN AGUSTÍN EN QUE SE EXPLICAN LOS SALMOS QUE DIARIAMENTE SE CANTAN EN LAS HORAS MENORES Y COMPLETAS*. D. Joachin Ibarra, Impresor de cámara de S.M. Madrid. 1780.

Nota. Esta obra no aparece en el catálogo de la Biblioteca del Congreso de los EUA.

